

LECTIO DIVINA

12 de octubre 2025

XXVIII DOMINGO ORDINARIO**Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.****OCTUBRE: MES DE REZAR EL ROSARIO EN FAMILIA Y MES DE LAS MISIONES****NUESTRO FESTIVAL ES EL 12 DE OCTUBRE****2Re 5,14-17 Sal 97****2Tim 2,8-13 Lc 17,11-19**

La liturgia de este domingo nos muestra, con ejemplos concretos, cómo Dios tiene un plan de salvación para todas las personas, sin excepción. Reconocer el don de Dios y acogerlo con amor y gratitud es la condición para superar la alienación, el sufrimiento y la separación de Dios y de los hermanos, y alcanzar una vida plena.

La primera lectura nos presenta la historia de un leproso (el sirio Naamán). El episodio revela que solo Yahvé ofrece a la humanidad vida y salvación, sin límites ni excepciones; la humanidad debe aceptar el don de Dios, reconocerlo como el único Salvador y expresar su gratitud.

El Evangelio nos presenta a un grupo de leprosos que se encuentran con Jesús y, a través de Él, descubren la misericordia y el amor de Dios. Representan a toda la humanidad, envuelta en la miseria y el sufrimiento, sobre la que Dios derrama su bondad, su amor y su salvación. Aquí también se llama la atención sobre la respuesta de la humanidad al don de Dios: todos los que experimentan la salvación que Dios ofrece deben reconocer el don, aceptarlo y expresar su gratitud a Dios.

La segunda lectura define la existencia cristiana como la identificación con Cristo. Quienes aceptan el don de Dios se convierten en discípulos: se identifican con Cristo, viven en el amor y la entrega a sus hermanos y alcanzan la nueva vida de la resurrección.

2Reyes 5,14-17

En aquellos días, Naamán, el general del ejército de Siria, que estaba leproso, se bañó siete veces en el Jordán, como le había dicho Eliseo, el hombre de Dios, y su carne quedó limpia como la de un niño. Volvió con su comitiva a donde estaba el hombre de Dios y se le presentó diciendo: “Ahora sé que no hay más Dios que el de Israel. Te pido que aceptes estos regalos de parte de tu siervo”. Pero Eliseo contestó: “Juro por el Señor, en cuya presencia estoy, que no aceptaré nada”. Y por más que Naamán insistía, Eliseo no aceptó nada.

*Entonces Naamán le dijo: “Ya que te niegas, concédeme al menos que me den unos sacos con tierra de este lugar, los que puedan llevar un par de mulas. La usaré para construir un altar al Señor, tu Dios, pues a ningún otro dios volveré a ofrecer más sacrificios”. **Palabra de Dios***

CONTEXTO

La primera lectura nos sitúa en el Reino del Norte (Israel) durante el reinado de Joram (853-842 a. C.). Los reyes de Israel, preocupados por convertir su país en un estado moderno y consolidar su lugar en el panorama político del antiguo Oriente Medio, mantuvieron, en esa época, un intenso intercambio con los pueblos de la zona. En el ámbito religioso, esta política se tradujo en una invasión de dioses, cultos y valores extranjeros, lo que amenazó la integridad de la fe yahvista. Aunque Joram eliminó «las imágenes que su padre había erigido para Baal» (2 Reyes 3:2), fue una época en la que los dioses cananeos adquirieron gran prominencia y Baal sustituyó a Yahvé en el corazón y la vida de muchos israelitas. Durante este período, el profeta Eliseo se consolidó como el gran defensor de la fe yahvista, continuando la obra de su predecesor Elías. Eliseo formaba parte de una comunidad de *"hijos de los profetas"* (2 Reyes 2:3; 4:1). Probablemente se trataba de un círculo profético cuyos miembros eran seguidores incondicionales de Yahvé y a quienes el pueblo acudía para apoyarse ante los abusos de los poderosos.

En el capítulo 5 del Segundo Libro de los Reyes, los autores deuteronomistas nos cuentan la historia del general sirio Naamán: considerado uno de los héroes de Siria, era leproso; pero, informado por una sirvienta de que había un profeta en Israel que podía curarlo de su enfermedad, acudió a Eliseo cargado de regalos. Eliseo simplemente le ordenó a Naamán que se bañara siete veces en el río Jordán (cf. 2 Reyes 5:1-13).

MENSAJE

La lectura que se nos ofrece describe la curación del sirio Naamán y las reacciones de los diversos personajes involucrados. Sin embargo, más que presentar un relato del acontecimiento, los autores deuteronomistas pretendían ofrecer algunas consideraciones teológicas y catequéticas que ayudaran a los israelitas (seducidos por el culto a Baal) a redescubrir los fundamentos de su fe.

En primer lugar, los catequistas de Israel querían dejar claro que Yahvé es el Señor de la vida, que tiene un plan de liberación para la humanidad y que solo Él puede salvar a quienes parecen condenados a muerte. Dios puede incluso usar a seres humanos para actuar en el mundo; pero es de Él —y solo de Él— que brotan la salvación y la vida; los israelitas deben reconocerlo, como lo hizo Naamán el sirio.

En segundo lugar, los catequistas de Israel querían mostrar que la intervención salvadora de Yahvé no es una acción meramente circunstancial, que solo resuelve problemas externos, sino que es una acción que actúa a un nivel profundo y transforma radicalmente la vida del hombre... Naamán no solo fue curado de una enfermedad física que ponía su vida en riesgo; sino que la intervención de Dios resultó en una transformación espiritual que hizo del sirio Naamán un hombre nuevo y lo llevó a abandonar los ídolos para servir al Dios único y verdadero... La expresión de este cambio radical es la afirmación de Naamán de que "*Ahora sé que no hay más Dios que el de Israel*" (v. 15) y que nunca más "*ofrecerá holocaustos ni sacrificios a otros dioses, sino solo al Señor, el Dios de Israel*" (v. 17).

En tercer lugar, el relato deja claro que la oferta de salvación no es un don exclusivo, reservado a unos pocos privilegiados o a una raza especial: Naamán es sirio y, por lo tanto, un enemigo tradicional del Pueblo de Dios... Pero Dios no distingue entre personas y ofrece su gracia a todos, sin excepción. Lo decisivo es aceptar el don de Dios y dejarse transformar por Él.

En cuarto lugar, la catequesis deuteronomista enfatiza la «gratitud» de Naamán. Liberado de los males que lo aquejaban, quiso agradecer a Eliseo su curación colmándolo de dones; pero pronto comprendió (a través de Eliseo, quien le ayudó a ver con claridad) que no era a un hombre a quien debía agradecer el don de la vida, sino a Dios... Y su gratitud se manifestó en una adhesión total a Yahvé. Los catequistas de Israel sugieren que esta es la respuesta que Dios espera de la humanidad.

En quinto lugar, cabe destacar la actitud de Eliseo, que nunca expresó ningún deseo de explotar la intervención de Dios en favor de Naamán para su propio beneficio. Al negarse a aceptar cualquier regalo de Naamán, Eliseo da a entender que no es a él, sino a Yahvé, a quien el general sirio debería agradecer por su sanación. Esto probablemente sea una crítica irónica a la actitud de los líderes religiosos de la época, siempre preocupados por usar a Dios para impulsar sus propios planes egoístas...

ACTUALIZACION

* La lectura nos invita, ante todo, a tomar conciencia de que es de Dios —este Dios que tiene un plan de salvación para la humanidad— que recibimos una vida plena. Reconocer este hecho es de suma importancia en una época en la que a diario se nos invita a depositar nuestra esperanza y seguridad en ídolos con pies de barro (para algunos, puede ser el "médium poderoso" o el "clarividente/tarotista/ espi-ritista" que garantiza soluciones al mal de ojo, la envidia, los amores, el fracaso empresarial, etc.; para la mayoría, es el dinero, el poder, la moda, la comodidad, el éxito, la casa con piscina, el Tesla o Audi o el último programa de televisión que gana dinero y abre las puertas a la fama...). ¿Es en Dios donde deposito mi esperanza de una vida plena, o hay otros dioses que me seducen, que dirigen mi vida y que son mi esperanza de plenitud y felicidad?

*También es importante no olvidar que la oferta de salvación de Dios está dirigida a todos los hombres y mujeres, sin excepción. Nuestro Dios no es un Dios de los "buenos", de los bien educados, de los blancos, de los políticamente correctos ni de aquellos cuyos nombres figuran en el registro parro-

quial... Nuestro Dios es el Dios que ofrece vida a todos y que ama a todos como hijos; lo decisivo es aceptar su oferta de salvación y acoger su don. Esto se traduce en dos cosas importantes: la primera es que no basta con ser bautizado (y luego ignorarlo y vivir al margen de sus propuestas); la segunda es que no podemos marginar ni excluir a ninguno de nuestros hermanos y hermanas.

* La historia del sirio Naamán también plantea la cuestión de la gratitud... Debemos darnos cuenta de que todo es un don del amor de Dios y no un logro propio ni una recompensa por nuestros méritos o buenas obras. ¿Soy consciente de que todo lo recibo de Dios y le expreso mi gratitud por su presencia, sus dones y su amor?

* Aquellos que reciben carismas de Dios para ponerlos al servicio de sus hermanos: ¿se sienten meros instrumentos de Dios y buscan dirigir la mirada y la gratitud de sus hermanos hacia Dios, o se preocupan de resaltar sus méritos y concentrar en sí mismos la gratitud que brota del corazón de aquellos a quienes sirven?

Salmo 97

R. El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad.

Cantemos al Señor un canto nuevo,
pues ha hecho maravillas.

Su diestra y su santo brazo
le han dado la victoria.

R. El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad.

El Señor ha dado a conocer su victoria,
y ha revelado a las naciones su justicia.

Una vez más ha demostrado Dios
su amor y su lealtad hacia Israel.

R. El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad.

La tierra entera ha contemplado
la victoria de nuestro Dios.

Que todos los pueblos y naciones
aclamen con júbilo al Señor.

R. El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad.

2Timoteo 2,8-13

Querido hermano: Recuerda siempre que Jesucristo, descendiente de David, resucitó de entre los muertos, conforme al Evangelio que yo predico. Por este Evangelio sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo sobrellevo todo por amor a los elegidos, para que ellos también alcancen en Cristo Jesús la salvación, y con ella, la gloria eterna.

Es verdad lo que decimos:

“Si morimos con él, viviremos con él;

si nos mantenemos firmes, reinaremos con él;

si lo negamos, él también nos negará;

si le somos infieles, él permanece fiel,

porque no puede contradecirse a sí mismo”. **Palabra de Dios.**

CONTEXTO

Seguimos leyendo la Segunda Carta a Timoteo... Para comprender el mensaje que nos ofrece el texto, conviene recordar que esta carta (escrita por un autor desconocido que, sin embargo, se identifica como el apóstol Pablo) probablemente nos sitúa en el contexto de finales del siglo I o principios del II, una época en la que las comunidades cristianas sentían el declive del entusiasmo de sus inicios, sufrían persecución y eran perturbadas por herejías y falsas doctrinas. El autor exhorta a Timoteo (y, a través de Timoteo, a todos los creyentes en general) a perseverar en la fe, a preservar la sana doctrina recibida de Jesús y a dedicarse plenamente al servicio del Evangelio.

MENSAJE

Tras exhortar a Timoteo a una dedicación total al ministerio (cf. 2 Tim 2,1-7), el autor de la carta presenta la razón suprema que justifica esta dedicación: el ejemplo de Cristo, quien alcanzó la gloria de la resurrección mediante la cruz y la entrega de su vida. Pablo mismo recorrió este difícil camino, y por eso está encarcelado. Pero no le preocupa, pues lo esencial es que la Palabra de Dios siga transformando el

mundo. De hecho, algunos deben dar su vida para que la propuesta liberadora de Jesús llegue a todas las personas. Vale la pena sufrir para que este objetivo se haga realidad. El párrafo final (v. 11-13) corrobora y aclara las afirmaciones anteriores. El cristiano está llamado a identificarse con Cristo en la entrega de su vida y en el servicio a sus hermanos; esta dedicación no termina en fracaso ni en vano, sino —como Cristo— en resurrección, en nueva vida. El cristiano no puede negarse a hacer de su vida un don de amor si quiere identificarse con Cristo.

ACTUALIZACION

+El autor de la Segunda Carta a Timoteo recuerda aquí algo central para la experiencia cristiana: la esencia del cristianismo es la identificación de cada creyente con Cristo. Esto se traduce concretamente en dar la vida por los hermanos, incluso hasta la entrega total si es necesario. ¿Me identifico tanto con Cristo que soy capaz de seguirlo por el camino del amor y la entrega?

+La opinión pública actual está convencida de que una vida dedicada al servicio sencillo y humilde por los hermanos es una vida fallida; pero el autor de la Segunda Carta a Timoteo nos asegura que una vida de amor y servicio es una vida plenamente realizada, pues al final del camino nos espera la resurrección, la plenitud de la vida (estos son los efectos de nuestra identificación con Cristo). ¿Qué tiene más sentido para mí? En mi vida diaria, ¿dominan el egoísmo y la autosuficiencia, o el amor, el compartir y el don de la vida?

Lucas 17,11-19

En aquel tiempo, cuando Jesús iba de camino a Jerusalén, pasó entre Samaria y Galilea. Estaba cerca de un pueblo, cuando le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se detuvieron a lo lejos y a gritos le decían: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”.

Al verlos, Jesús les dijo: “Vayan a presentarse a los sacerdotes”. Mientras iban de camino, quedaron limpios de la lepra.

Uno de ellos, al ver que estaba curado, regresó, alabando a Dios en voz alta, se postró a los pies de Jesús y le dio las gracias. Ese era un samaritano. Entonces dijo Jesús: “¿No eran diez los que quedaron limpios? ¿Dónde están los otros nueve? ¿No ha habido nadie, fuera de este extranjero, que volviera para dar gloria a Dios?” Después le dijo al samaritano: “Levántate y vete. Tu fe te ha salvado”.

Palabra del Señor.

CONTEXTO

Una vez más, Lucas presenta un episodio ambientado en el «camino a Jerusalén» (este «camino espiritual», a lo largo del cual los discípulos aprenden e interiorizan los valores y la realidad del «Reino»).

En el «camino» de Jesús y sus discípulos, aparecen, pues, diez leprosos. El leproso es, en tiempos de Jesús, el prototipo del marginado... Además de causar repulsión natural por su apariencia e infundir miedo al contagio, el leproso es una persona ritualmente impura (cf. Lv 13-14), a quien la teología oficial atribuía pecados especialmente graves (la lepra era el castigo de Dios por estos pecados). Por lo tanto, el leproso ni siquiera podía entrar en la ciudad de Jerusalén, para no profanar la ciudad santa. Debía apartarse de todo contacto humano para no contaminar a otros con su impureza física y religiosa. Si se curaba, debía presentarse ante un sacerdote para que verificara su curación y le permitiera volver a la vida normal (cf. Lv 14). Entonces podía volver a participar en las celebraciones religiosas.

Uno de los leprosos (el protagonista de este episodio) es samaritano. Los samaritanos eran despreciados por los judíos de Jerusalén debido a su sincretismo religioso. La desconfianza religiosa de los judíos hacia los samaritanos comenzó cuando, en el año 721 a. C. (tras la caída del reino del norte), colonos asirios invadieron Samaria y comenzaron a mezclarse con la población local. Para los judíos, los habitantes de Samaria comenzaron entonces a paganizarse. Tras el regreso del exilio babilónico, los habitantes de Jerusalén rechazaron cualquier ayuda de los samaritanos para reconstruir el Templo y evitaron el contacto con estos herejes, «una raza mezclada con paganos». La construcción de un santuario samaritano en el monte Gerizim consumó la separación y, desde una perspectiva judía, lanzó definitivamente a los samaritanos por el camino de la infidelidad a Yahvé. Algunas travesuras mutuas en los siglos siguientes

cimentaron la enemistad entre judíos y samaritanos. En tiempos de Jesús, la relación entre ambas comunidades estaba marcada por una gran hostilidad.

MENSAJE

El episodio de los diez leprosos (exclusivo de Lucas) encaja perfectamente en la perspectiva teológica de un evangelio cuyo objetivo fundamental es presentar a Jesús como el Dios que se hizo persona para traer, mediante acciones concretas, la salvación/liberación a todas las personas, especialmente a los oprimidos y marginados. Este es el punto de partida del relato de Lucas: muestra que Dios tiene una propuesta de nueva vida y liberación para todas las personas. El número diez tiene ciertamente un significado simbólico: significa "totalidad" (el judaísmo consideraba necesaria la presencia de al menos diez hombres para la oración comunitaria, ya que "diez" representa a toda la comunidad). La presencia de un samaritano en el grupo indica, sin embargo, que esta salvación ofrecida por Dios, en Jesús, no está destinada únicamente a la comunidad del "Pueblo Elegido", sino a todas las personas, sin excepción, incluso a aquellas a quienes el judaísmo oficial consideraba definitivamente excluidas de la salvación.

Sin embargo, el énfasis en el episodio de hoy se centra, más que en la curación en sí, en el hecho de que, de los diez leprosos sanados, solo uno regresó para agradecer a Jesús, y en su condición de samaritano. Lucas se interesa en mostrar que quienes reciben la salvación deben reconocer el don de Dios y ser agradecidos... Y advierte que, a menudo, son los herejes, los marginados, los despreciados, aquellos a quienes la teología oficial considera fuera de la salvación, quienes están más atentos a los dones de Dios. Ciertamente, aquí hay una alusión a la autosuficiencia de los judíos que, al considerarse el "Pueblo Elegido", consideraban natural que Dios los colmara de sus dones; sin embargo, no reconocieron la propuesta de salvación que, a través de Jesús, Dios les ofrecía... Ciertamente, también hay un llamado a los discípulos de Jesús a no ignorar el don de Dios y a saber responder a él con gratitud y fe (entendida como adhesión a Jesús y a su propuesta de salvación).

Profundizo en algunos términos:

- **Durante el viaje:** En su hermosa lengua griega, Lucas nos dice que Jesús está continuando su viaje hacia Jerusalén y utiliza un muy hermoso e intenso verbo, aunque común y muy usado. Solamente en esta breve frase vuelve tres veces: v. 11: en viajar v. 14: id v. 19. va Es un verbo que indica movimiento, muy fuerte, que expresa plenamente todas las dinámicas típicas del viaje; podríamos traducirlo con todos estos matices: voy, salgo, me acerco, voy detrás, recorro. Además, encierra el significado de atravesamiento, de mirar, de ir más allá, superando los obstáculos. Es Jesús el gran viajero, el peregrino incansable: Él es el primero que ha dejado su morada, en el seno del Padre, y ha bajado hasta nosotros, cumpliendo el éxodo eterno de nuestra salvación y liberación. El conoce todos los caminos, todos los recorridos de la experiencia humana, ningún trecho del camino le queda escondido o imposible de andar. Por esto nos puede invitar también a nosotros a andar, a movernos, a atravesar, a ponernos en una situación continua de éxodo. Para que podamos por fin volver, con El, e ir de este mundo al Padre.

- **Entrando en una aldea:** Jesús pasa por, atraviesa, recorre, se mueve y nos alcanza; a veces, luego, decide entrar, deteniéndose más. Como ocurre en este relato. Lucas se detiene sobre este particular y escribe que Jesús entró en una aldea. En sentido bíblico, entrar es una penetración, es ingresar en lo profundo, lo cual implica compartir y participar. Una vez más nos encontramos ante un verbo muy común y muy usado; solamente en el Evangelio de Lucas recurre muchísimas veces e indica claramente la intención de Jesús que quiere hacerse próximo, amigo y amante. El no desprecia ningún ingreso, ninguna comunión. Entra en la casa de Simón, el leproso (4, 38), en la casa del fariseo (7, 36 y 11, 37), luego en la casa del jefe de la sinagoga (8, 51) y de Zaqueo el publicano (19, 7). Entra continuamente en la historia del hombre y participa, come junto con él, sufre, llora y goza, compartiendo todo. Basta abrirle, como El mismo nos dice (Ap 3, 20) y dejarlo entrar, para que se quede (Lc 24, 29).

• **Diez leprosos:** Me pregunto qué significa verdaderamente esta condición humana, esta enfermedad que se llama lepra. Parto del texto mismo de la Escritura que describe el status para el leproso en Israel. Dice así: “*El afectado por la lepra llevará los vestidos rasgados, se cubrirá hasta el bigote e irá despeinado gritando: ¡Impuro! Impuro! Todo el tiempo que dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y habitará solo; fuera del campamento tendrá su morada*” (Lev 13, 45-46). Así que entiendo que el leproso es una persona que ha recibido golpes y heridas: algo lo ha alcanzado con violencia, con fuerza, dejando en él una señal de dolor, una herida. Es una persona enlutada, que lleva un gran dolor dentro, como lo indican sus vestiduras rotas y la cabeza al descubierto; es uno que tiene que cubrirse la boca, porque no tiene derecho a hablar, ni siquiera a respirar en medio de los demás, es como un muerto. Es uno que no puede rendir culto a Dios, no puede entrar en el templo, ni tocar las cosas santas. Es por ello que los diez leprosos van al encuentro de Jesús, se detienen lejos de Él, gritándole su dolor, su desesperación.

• **¡Jesús maestro!:** Es estupenda esta exclamación de los leprosos, esta oración. En primer lugar, todos llaman al Señor por su nombre, como se hace entre amigos. Parece que se conocen desde hace mucho, que sepan los unos del otro, que se hayan encontrado ya a nivel de corazón. Estos leprosos han sido ya admitidos al banquete de la intimidad con Jesús, a la fiesta de las nupcias de la salvación. Después de ellos, solamente el ciego de Jericó (Lc 18, 38) y el ladrón en la cruz (Lc 23, 42) repetirán esta invocación con la misma familiaridad, con el mismo amor: ¡Jesús! Solamente aquel que se reconoce enfermo, necesitado, pobre malhechor, se convierte alguien en quien Dios se complace. Luego lo llaman ‘maestro’, con un término que significa más propiamente ‘aquel que está en lo alto’, expresión que encontramos de nuevo en boca a Pedro, cuando en el barco, es llamado por Jesús a que le siga (Lc 5, 8) y él se reconoce pecador. Y aquí estamos en el corazón de la verdad, aquí se ha desvelado el misterio de la lepra, aquella enfermedad del alma: es el pecado, es la lejanía de Dios, la falta de amistad, de comunión con Él. Esto hace que nuestra alma se seque, haciéndola morir poco a poco.

• **Volvió atrás:** No es un simple movimiento físico, un cambio de dirección y de sentido, sino que más bien es un verdadero y profundo vuelco interior. Es cambiar una cosa por otra (Ap 11, 6); es volver a casa (Lc 1, 56; 2, 43), tras haberse alejado, como ha hecho el hijo pródigo, perdido en el pecado. Así hace este leproso: cambia su enfermedad en bendición, su extrañeza y lejanía de Dios en amistad, en relación de intimidad, como ocurre entre un padre y un hijo. Cambia, porque se deja cambiar por Jesús, se deja alcanzar por su amor.

• **Para agradecerle:** Estupendo este verbo, en todos los idiomas, pero en particular en griego, porque encierra el significado de eucaristía. Sí, es así: el leproso ‘¡hace eucaristía!’ Se siente a la mesa de la misericordia, allí donde Jesús se ha dejado herir y llagar antes que él, allí donde se ha convertido en el excluido, en el maldito, en aquel echado fuera del campamento, para acoger a todos nosotros en su corazón. Recibe el pan y el vino del amor gratuito, de la salvación, del perdón, de la vida nueva; y por fin puede entrar de nuevo en el templo y participar en la liturgia, en el culto. Por fin puede rezar, acercándose a Dios con total confianza. Ya no tiene las vestiduras rotas, sino que lleva el traje de fiesta, la túnica nupcial; lleva sandalias y al anillo al dedo. Ya no tiene que cubrirse la boca, sino que puede cantar y alabar a Dios, puede sonreír abiertamente; puede acercarse a Jesús y besarle, como un amigo hace con el amigo. La fiesta es completa, el gozo es desbordante.

• **¡Levántate y anda!:** Es la invitación de Jesús, del Señor. ¡Levántate, es decir ‘Resucita!’ . Es la vida nueva después de la muerte, el día tras la noche. También para Saulo, por el camino de Damasco, resuena esta invitación, este mandamiento de amor: “Resucita!” (Hc 22, 10. 16) y ha nacido de nuevo, de las entrañas del Espíritu Santo; ha vuelto a ver, ha empezado a comer, ha recibido el bautismo y el nuevo nombre. Su lepra había desaparecido.

• **Tu fe te ha salvado:** Releo esta expresión de Jesús, la escucho en sus diálogos con las personas que encuentra, con la pecadora, con la hemorroisa, con el ciego... - Jesús volviéndose, la vio y dijo: «*Animo, hija, tu fe te ha salvado*». Y en aquel instante la mujer se sanó (Mt 9, 22; Lc 8, 48). - Y Jesús le dice: «*Tu fe te ha salvado*». E inmediatamente la mujer recobró la vista y lo siguió por el camino (Mc 10, 52). - Él dijo a la mujer: «*Tu fe te ha salvado: vete en paz*» (Lc 7, 50). - Y Jesús le dijo: «*¡Recobra la vista! Tu fe te ha salvado*» (Lc 18, 42). Entonces rezo, junto con los apóstoles y yo también digo: “*¡Señor, aumenta mi fe!*” (cf. Lc 17, 6); “*Ayúdame en mi falta de fe!*” (Mc 9, 24).

ACTUALIZACION

+ La "lepra" que se cobra la vida de estos "diez" hombres que se nos presentan en la lectura de hoy representa la desgracia que afecta a toda la humanidad y genera exclusión, marginación, opresión e injusticia. Es la condición de una humanidad marcada por el sufrimiento, la miseria y la alienación de Dios y de sus hermanos la que se retrata aquí... Lucas nos asegura, sin embargo, que Dios tiene un plan de salvación para todas las personas, sin excepción; y que es en Jesús y a través de Jesús que este plan llega a todos los que se sienten "leprosos" y les permite encontrar la vida plena, la plena reintegración a la familia de Dios y a la comunidad humana.

+Es necesaria una respuesta de gratitud y aceptación de la propuesta de salvación de Dios.

Atención: a menudo, son aquellos que parecen más alejados de la órbita de Dios quienes primero reconocen su don, lo acogen y acogen la propuesta de nueva vida que se les hace. A veces, quienes lidian a diario con el mundo sagrado están demasiado llenos de autosuficiencia y orgullo como para recibir los dones de Dios con humildad y sencillez, expresar gratitud y aceptar ser transformados por la gracia... Vale la pena considerar la actitud que adopto ante Dios cada día: si es una actitud de autosuficiencia o de humilde aceptación y gratitud.

+¿Cómo tratamos a quienes la sociedad actual considera "leprosos" y que a menudo viven en situaciones de exclusión y marginación (personas sin hogar, drogadictos, discapacitados, enfermos terminales, ancianos abandonados en residencias, analfabetos, quienes viven por debajo del umbral de la pobreza, quienes no tienen teléfono móvil ni acceso a internet, quienes no visten a la moda, quienes no se adhieren a ciertos valores políticamente correctos, quienes no consumen productos "light" ni tienen una figura moderna, quienes no asisten a eventos sociales ni aparecen en programas de televisión populares...)? ¿Con desprecio, con indiferencia, con miedo a contagiarse o como testigos de la bondad y el amor de Dios?

+Curiosamente, los diez "leprosos" no son sanados inmediatamente por Jesús, sino que su "lepra" desaparece "en el camino", cuando van a presentarse a los sacerdotes. Esto sugiere que la acción liberadora de Jesús no es un acto mágico, caído del cielo, sino un proceso progresivo (el «camino» define, en este contexto, el camino cristiano), en el que el creyente descubre e interioriza gradualmente los valores de Jesús, hasta abrazar plenamente sus propuestas y transformar eficazmente su corazón. Así, nuestra «sanación» no es un momento mágico que ocurre al ser bautizados, recibir la primera comunión o la confirmación; es, más bien, un camino progresivo, durante el cual descubrimos a Cristo y nacemos a una nueva vida.